

# Cartagena Artística

❖ Ciencias, Artes y Literatura ❖

SUSCRIPCIÓN

En toda la provincia de Murcia, un mes, 1 peseta  
Fuera de esta Provincia, un mes, 1,15 peseta

Se publica los días, 1, 10 y 20 de cada mes

CORRESPONDENCIA

Deberá dirigirse al Administrador de "Cartagena Artística"  
20, Calle del Aire, 20

Año 1. N.º 17.

20 Septiembre 1890.

## Sumario.

TEXTO.—*Biografía del Ilmo. Sr. D. José Selgas y Carrasco*, por **Juan Andrade Ros**.—*Una y no más*, por **Carlos Cano**.—*Una noche en Granada*, por **Patrocino de Biedma**.—*En la biblioteca*, por **Francisco Tomás**.—*A Francisco García Rolandan*, por **Enrique Muñoz**.—*Rima*, por **E. Santos**.—*La amistad*, por **H. Lumeras Castro**.—*¡Buenos días!* por **A. J. Baldo**.—*La fragata «Numancia»*, por **Felipe Ordaz**.—*El Globo de What*, por **Federico Torralba**.—*Para Curavaca*.—*Defunciones*.  
GRABADOS.—*Ilmo. Sr. D. José Selgas y Carrasco*.—*La fragata «Numancia»*.

## Ilmo. Sr. D. José Selgas y Carrasco

Este ilustre poeta nació en Lorca el año 1824 y murió en Madrid el día 5 de Febrero de 1882.

Nuestro biografiado era académico de la Lengua, desempeñó la secretaría general de la Presidencia del Consejo de Ministros, siendo Presidente del Consejo el general Martínez Campos, y fué elegido Diputado á Córtes dos veces.

Un renombrado crítico ha escrito sobre él lo siguiente:

—«D. José Selgas era poeta por instinto: vagaba cuando niño por las campiñas risueñas de Lorca; la Naturaleza le inspiró. Dios había colocado en su frente un rayo inmenso de luz, y vió en las flores de los jardines un mundo que no veían los demás; vió en el cielo la estrella de la mañana cantando serenatas á la niña que dormía; vió al galán de noche enamorado melancólicamente de la luna; vió al laurel, símbolo de gloria, erguido y coronado por el sol; vió en la olorosa y humilde violeta la imagen de la hermosura modesta, la mejor de las hermosuras, y premió su humildad en un idilio; vió una niña de ojos azules y mejillas pálidas, que le esperaba con ansiedad, y al verle apartaba los ojos fingiendo indiferencia, y fijó aquella imagen poética en una página inmortal; persiguió con afán una sombra encantadora, la felicidad, siempre delante, pero siempre léjos; y vió los ángeles batiendo sus alas de oro en torno de la cuna de su hijo, y la luz pálida de la aurora alumbrando la cuna vacía. Y desde los primeros instantes en

que vertió sobre el papel sus pensamientos, el niño provinciano, sin más estudios que los rudimentarios, ni más lectura que algunos libros viejos y el álbum de la Naturaleza, se reveló poeta con caudal propio, y con el gusto depurado y fino del maestro. La aparición de sus poesías fué un acontecimiento fausto, saludado regocijadamente por la crítica de entonces. Arnao descubrió el poeta; Cañete le hizo célebre, leyen-

de *La España*, en otra redactor de *La Gorda* y en todas partes escritor fogoso y abundante, siendo de notar la actividad que desplegó para la existencia y propaganda del popular y acreditado periódico madrileño *El Padre Cobos*.

A pesar, sin embargo, de sus merecimientos y de sus talentos clarísimos, y á pesar también de haber servido al país durante veintinueve años de vida política, no pudo hacer una fortuna,

## UNA Y NO MÁS.

Por fortuna ha pasado su época. Me refiero á la época del álbum de versos.

Hace algunos años, hasta las señoras de poco más ó menos se hallaban provistas de uno de esos volúmenes apaisados, en donde alternando con composiciones de literatos eminentes figuraban renglones desiguales de poetas muy conocidos en sus casas.

Eduardo pertenecía á estos últimos. Estudiante de medicina, allá por el año 1864, vivía en la calle del Codo en una casa de huéspedes muy acreditada... de matar de hambre al infeliz que en ella buscaba alojamiento.

Eduardo había nacido para poeta, según le habían dicho repetidas veces en su pueblo,—un pueblo de pesca,—el maestro de escuela, el sereno y el sacristán, que eran tres funcionarios distintos y un solo hombre verdadero.

Pero Eduardo, en la corte, era un tesoro escondido y en vano trataba de conseguir por todos los medios imaginables que sus desahogos poéticos aparecieran en las columnas de los periódicos.

Esta contrariedad, lejos de curarle aquella monomanía de darse á conocer entre la gente de letras, servía para alentarle más y más; pues, como solía decir á D.<sup>a</sup> Mónica,—su patrona,—tenía por cierto, que la senda de la gloria está empedrada de desengaños y que nadie llega al templo de la inmortalidad sin sufrir amargas decepciones.

Doña Mónica, que era la mujer más tonta del mundo, á pesar de sus cincuenta años, de sus cincuenta dolencias y de su incurable viudez, aun se creía capaz de inspirar amor ó cosa parecida; y encontrando muy aceptable á Eduardo, empezó á distinguirlo entre los demás pupilos y á pedirle con empeño que le leyera sus coplas, á lo que accedía gustosísimo el vate de la calle del Codo, alentado por las exageradas alabanzas de aquella estantigua.

Eduardo no sospechó,—¡qué había de sospechar!—el móvil de aquellos elogios. Los atribuyó únicamente al mérito de sus versos, y más de una



Ilmo. Sr. D. José Selgas y Carrasco

(† en Madrid el 5 de Febrero de 1882.)

do magistralmente sus versos en los salones donde la literatura se apreciaba. Cuando aparece de repente un gran poeta, produce en los amantes de lo bello una sensación luminosa, como si se descubriese la aurora de un sol nuevo. Así apareció Selgas.»

Iniciado en la política, el eminente lorquino, empleó en ella importante tiempo de su vida, dedicándola no poca suma de su inteligencia floridada. Así le vemos siendo en una época director

muriendo pobre, y dejando solo á su familia la herencia por lo común del génio: sus libros, sus recuerdos y su gloria.

Se le ha considerado por la crítica como el *ingénio más personal y agudo de nuestra literatura desde los tiempos de Quevedo* y como el *poeta más delicado desde los tiempos de Meléndez*.

JUAN ANDRADE ROS.